





EL TEMA DE LA ANGUSTIA EN EUGENIO GONZÁLEZ

Eugenio González Rojas, nacido en Santiago de Chile en el curso de 1903 y titulado profesor en el Instituto Pedagógico en 1928, comenzó a figurar con relieve propio en el grupo o promoción de escritores que afloraba con la publicación de la revista *Indice*. En el primer número de ésta, de fecha abril de 1930, el grupo aparece encabezado por Mariano Pío Salas, Raúl Silva Castro, Ricardo A. Latcham, Eugenio González y José Manuel Sánchez, para darles la misma colocación que allí presentara, y estos escritores invitaban a secundarlos en la iniciativa a sus amigos, dispuestos en diferentes rincones del país, a fin de abrir exposiciones, propiciar conferencias y cursos, publicar libros y folletos y dar, en fin, a la publicidad la revista *Indice*. No todas estas ambiciosas obras se cumplieron, como siempre ocurre en estos movimientos, auspiciados más por el ardor de la juventud que por la experiencia, y al cabo de algún tiempo no se oyó hablar más de *Indice*. Pero ya que se trata de Eugenio González, cabe recordar, una vez más, que su obra de escritor sobre temas literarios y filosóficos, no encuadra en libro, ha de buscarse de preferencia en las páginas de esa revista juvenil, no que con tanto esmero nos empujaron unos cuantos amigos, así como en *Alema*, donde ocasionalmente depositó.

Volviendo a su biografía, cabe agregar que ha sido profesor en el Liceo Miguel Luis Amunátegui y en el llamado Barros Arana, ambos establecimientos de segunda enseñanza, y que fue Ministro de Educación Pública, por corto tiempo, como miembro del equipo socialista que se hizo cargo del poder en condiciones de muy precaria estabilidad institucional, en el curso de 1932. Prestó servicios al gobierno de Venezuela desde 1939 hasta 1941, contratado para colaborar en la organización del Instituto Pedagógico de Caracas, y al término de esta honrosa comisión volvió a Chile a proseguir su labor docente. En años siguientes se le vio elegido asesor por Santiago, en un periodo que terminó en 1957, y es actualmente director del mismo Instituto Pedagógico en el cual fue, años antes, alumno y después profesor de larga y amistosa carrera.

Si se considera la existencia de González tal como la hemos esquematizado en este ensayo de biografía y reducida a cifras anuales, tendríamos que su obra literaria corre más o menos desde 1930 hasta 1942, y que desde entonces aparece interrumpida. Esta circunstancia nos permite, en fin, abarcarla en conjunto, por lo menos en el aspecto novelístico, para señalar en ella las notas esenciales. Tal es el último objeto de este ensayo.

Eugenio González es autor de *Mín afuera* (1930), que apareció catalogado por su autor como novela, si bien contiene en realidad no pocas escenas autobiográficas.

Poco después, González publicaba *Hombres* (1933), novela en la que nos ofrece personajes vivos ligeramente disfrazados para la exposición novelística. En *Hombres* no hay solución para todos los conflictos que plantea el novelista pero la eficacia del relato para seguir por dentro los aprietos de quienes deseaban producir el trastorno de la organización social contemporánea de Chile, es innegable.

Seguindo su carrera de escritor, González publicó en seguida *Destinos* (1940), conjunto de seis cuentos o novelas cortas, sistemáticamente dispuestos para mostrar imágenes de gente de clase media de insiduosos, de seres que buscan algo sin saber bien de qué se trata, y que, por eso mismo, generalmente no aciertan ni en los medios ni en el fin. Del conjunto de *Destinos* se desprende un valor algo siniestro, y ello nos acerca a la última

producción de González, donde, a nuestro parecer, culmina su manera novelística al señalar, como clave de una conducta desbaratada la angustia.

No referimos a *Noche* novela con la cual en 1942 se cierra, hasta hoy, la producción literaria de Eugenio González. Pero *Noche* como podrá verse en seguida merece un análisis más detenido que las anteriores producciones del autor, por los temas a que acude y por la intensidad de las preguntas psicológicas que se formulan al leer sus páginas.

Los personajes de *Noche* son muy contados, y quienes interesan para la perspectiva de la novela misma son sólo dos: Aura y Alfredo. Dentro del desarrollo de la obra alcanzan a cubrirse importantes por algunos momentos. Agustina, madre de Aura, ocasional amante de Alfredo, y el capitán Alvarado. Este último despierta los celos de Alfredo, debido a ciertos pudorosos, y viene a figurar primero como fantasma aducido sólo para desmentar las dudas y las sospechas de aquél, después como ser de carne y hueso en una entrevista fugazísima, y finalmente, otra vez como fantasma, cuando, al final de la obra, en Alfredo se desencadena el delirio y la locura. La expresión *Noche*, que sirve de título al libro, define en realidad su contenido, por lo menos en parte, ya que algunas de las escenas más decisivas ocurren dentro de la noche nocturna, la más expresiva de éstas la noche en que Aura y Agustina, su madre, se descubren, recíprocamente su secreto, se comprenden y se retira cada una a su sitio. Aura, en fin, contrae matrimonio con Alfredo y ambos se alejan del público en que se encuentran.

Lo que llama la atención en este libro, de modo prepotente, es el vasto repertorio de los motivos de tristeza y de compaña que se presentan al protagonista para atenuar su conciencia. Hay, donde luego, cierto sublimo implícito en todo el relato, al cual se abre paso muy al comienzo de la novela:

Conoce Narvitz, el último año de Medicina; punto obtendría también su título profesional. Talento y entusiasmo pondría una carrera brillante. El, en cambio, no pasaba de una discreta mediocridad. El resultado final sería el mismo: la vejez, la muerte, el olvido. No valía la pena, realmente, esforzarse por nada. (P. 30).

Este sublimo queda olvidado en el camino que sigue la novela hasta su término, ya que es definitiva lo que la embarga es la pasión de los celos; pero la impresión que alcanza a sobrecargar al lector es suficiente. En el mismo corte aparecen caracterizados algunos de los más importantes motivos sentimentales de la existencia. Agustina, por ejemplo, va a ver con Alfredo, transitoriamente enfermo, y ese en sus brazos y se le entrega. Alfredo recapacita en lo ocurrido:

Ahí estaba, una vez más, el gran engaño, humilladamente patético, de los seres que se juntan en busca de lo que nadie puede dar a otro, de lo que sólo existe en el fondo de cada uno. Cuanto la vida puede dar es un reflejo del alma sobre la vida. Pero ¿cómo ha vibrado siempre el misterio de su alma? Como todos los amantes, Agustina y Alfredo según transcurren en la soledad. (P. 36).

Esa vez se trata de que aquellos dos seres se han unido impulsados por la misteriosa inclinación del sexo, sin amor; más adelante, cuando Alfredo ama de veras a Aura, compartirá por algunos instantes su espíritu y no tendrá motivos para señalar el aislamiento. Pero va a volver a él, Aura y Alfredo, ya casados, emprenden viaje a la capital; cuando se hallan en la casa de huéspedes, los amantes, Alfredo observa a su mujer:

Por un resque de los párpados, la observaba ir y venir por la pieza, con aire de cansancio y de melancolía. Y pensaba, pensaba, sin encontrar el modo de romper la tensión con naturalidad. Por delante, se extendían horas, días, años en que estarían juntos, cada uno rumiando su desesperación sin que el otro pudiera hacer nada por evitarla. (P. 204).

Y cuando Alfredo, ya francamente dominado por el delirio, veía insonante, nuevamente aflora el convencimiento de que, aislado, los hombres no logran comunicarse ni, por lo tanto, entenderse:

La noche había borrado las cosas, sus propios cuerpos. Sólo el cuadrado de la ventana recordaba en la tiniebla una mancha de cielo extrínsecamente livida. Estaban muy juntos y, sin embargo, separados por incommensurable distancia. Nunca podían revelar el uno al otro, ni aunque enloquecidos de sinceridad se lo propusieran. ¿Cómo expresar lo que está más allá de las palabras, de los gestos, de las miradas, lo que es y deja de ser a cada instante, en el huido misterio del tiempo? De la honda vibración de la ternura sale el anhelo del rememorar... (P. 228).

Y entonces, tratando de hallar el factor el sendero que le condujera a dominar la personalidad de Alfredo, que con tan inquietantes facetas acierta a presentar el autor, llegue a concluir que con *Noche* éste ha escrito una y finalmente la novela de la angustia. En las páginas de la novela hemos ido contando las veces que aparece mentada esta palabra, y establecido con verdadera entusiasmación que hay no menos de veinticuatro menciones. Nos apresuramos a señalar que no todas ellas son significativas, y que no siempre se reproduce con la palabra angustia el estado de ánimo propio y exclusivo de Alfredo; pero aún así, descontando algunas menciones, siempre quedan muchas como para hacer ya, aproximadamente por lo menos, el diagnóstico que estábamos esperando. Alfredo sufre la vaga y general angustia de vivir, y ella se le manifiesta en concretas y precisas angustias como superpuestas ante determinados actos de la vida, hasta que, cubriendo flujos exclusivos, se le hace presente la temaz angustia de los celos, que no logra expulsar y que, en definitiva, lo sumerge en la inconciencia de la locura. Y efectivamente, al comienzo se menciona, en general, "la cotidiana angustia" (P. 12) que lleva a los seres a tomar resoluciones; o es Alfredo que busca algún cambio en su vida, quien "sentía como nunca antes la angustia de su destino siempre igual" (P. 25) percibida, algo después en "la angustia del porvenir" (P. 95).

¿Repetamos la forma original. Es evidente que se trata de error de impresión por "incommensurable".

El tema de la angustia en Eugenio González. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El tema de la angustia en Eugenio González. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile